Josefina Lerena Acevedo de Blixen

Cristalizaciones





CRISTALIZACIONES

Josefina Lerena Acevedo de Blixen

Cristalizaciones

Montevideo
MCMXL

Nada puede ser ya absolutamente nuevo; el mundo ha vivido demasiado para que se pueda creer que hay algo que no ha sido pensado.

« Nuestras ideas son lo menos individual de nosotros », se ha dicho. Sin embargo a veces el pensamiento golpea con tanta intensidad, que hace disculpable su expresión.

El lector podrá imaginar así que entre estas ideas, muchas son también suyas. Todos han pensado alguna vez sobre la vida y la muerte; todos han experimentado el amor y la amistad; han sufrido desengaños y dudas, dolores y esperanzas; y sólo se pretende ayudar a encaminarse hacia la « ataraxia », o a quienes así lo prefieran, hacia la inquietud.

●

Dice Montaigne: « La verdad y la razón son a todos comunes y no pertenecen ya a quien las expresó primero ni a quien las dijo después; ya no son de Platón ni mías, puesto que él y yo las entendemos y vemos lo mismo. Las abejas despojan las flores, aquí y allá, pero sacan de ello la miel que es toda suya, y no ya tomillo ni mejorana... »

I

Una de las injusticias más terribles que soporta el mundo, es la que hace sentir como verdadero, que la vida naciente ofrece cuerpos, mientras la muerte arrebata espíritus.

●

La fe, como anticipo de lo improbado, proporciona las seguridades que precisa aquél que, atosigado por la fragilidad del momento, trata de desanudar su angustia, afirmándose en una idea reconfortante de eternidad.

●

Todo ser, por insignificante que sea, representa para el tiempo incontable, un instante supremo y fugaz de personalidad.

●

¿Por qué creer que la existencia constituye un paréntesis de actividad y de inquietud, entre dos interrogantes de calma, si no existen pruebas aseveradoras de esa paz — que la muerte sería para el espíritu — y, más lógico fuera pensar que éste continuara sin perder su esencia, manteniéndose en su calidad de espíritu y por lo tanto a modo de fuerza activa y fecunda. ?

●

Quien no quiera sentir la muerte de cada instante, no debe pensar en lo que con cada instante pasa para siempre.

•

Nada hay más pequeño que el presente, y sin embargo toda nuestra atención está concentrada en embellecer y hacer agradable esa hora que se escapa; por lo que, al conseguirlo, sólo habremos logrado hacer más hermoso y dulce lo que vamos a gozar por la memoria.

•

Marco Aurelio ha dicho que cada uno, joven o viejo, al morir no pierde sino su presente. Pero, ¿en el presente no se concentran también lo vivido y lo que puede pensarse que ha de vivirse, llevándose entonces con cada presente, o un largo pasado y un futuro breve, pero aun así siempre ilimitado, o en todo caso un breve pasado y el futuro que forje la imaginación?

•

La ciencia, que vuelve claros los pequeños y cercanos misterios, aumenta la insondable oscuridad del más allá; porque esa misma sabiduría que tantas veces ayuda a ver, enceguece, como si encandilara con la potencia de verdades que suprimen las posibilidades de las sombras de un abismo negro, como lo es la noche, para quien a ella se asoma desde una estancia profusamente iluminada.

•

Porque todos pueden concebirse como partículas de conciencia y de energía, inexplicablemente arrancadas a lo desconocido, es que pueden pensar que en sus cuerpos perecederos flamea una llama de lo eterno.

•

Ante la impotencia de sentir la muerte como muerte, la mente busca el apoyo de lo conocido, de lo concebible y de lo experimentado, e imagina la muerte como vida.

•

Mientras que de los mortales, unos buscan en las religiones consoladoras, ilusiones de inmortalidad, a fin de resarcirse del dolor, otros buscan en la perpetuidad de la gloria, la inmortalidad de un espíritu que no admite haber vivido inútilmente; y, los que nada esperan de los hombres ni de los dioses, se conforman con ese recuerdo, hecho casi de olvidos, que prolonga la vida de sus sentimientos en el corazón de los que se preparan a morir.

•

Si en el orden de las cosas todo tiene su razón de ser, ¿qué desacuerdo existe, para que, quien sostiene esa finalidad, gracias a su capacidad razonadora, sea quien infructuosamente se empeñe por comprender el por qué de la muerte?

•

La serenidad del hombre ante la muerte, que tanto sorprende a los que quedan y tanto se repite entre los que se van, acaso se deba a que, en momentos en que se entra en lo que suponemos inexistencia, la metamorfosis del yo, permite experimentar sensaciones inexplicables para quienes no han sido todavía tocados por el destino, y por las que se desplazan los valores humanos y se vislumbra lo que hasta entonces no se había visto.

•

Cada existencia se desarrolla como un viaje, en el que se partiera de la orilla de la intransigencia, para llegar a la de la comprensión. Pero en él las tormentas, al hacer penosa la travesía, la acortan, porque son los obstáculos los que preparan el espíritu para el dolor y apresuran los ensayos de la experiencia.

•

En toda existencia, por equilibrado que sea su desenvolvimiento, habrá horas de desequilibrio psicológico, por el que se siente como ya no debiera sentirse; debido a que hay como una resistencia para pasar de la niñez a la juventud, de la juventud a la madurez, de la madurez a la vejez; acaso dificultad de adaptarse a los distintos nuevos estados, como también de seguir las transformaciones a que se somete a veces por voluntad propia, al rebelde inconsciente.

•

Quizá mientras el hombre vive, sólo ensaya medios y modos de vivir.

•

Es vivir menos, vivir sin inquietudes; ya que la existencia más viva, es la que, arrancada trabajosamente al destino, se pierde y se reconquista sin cesar, al borde de lo inseguro.

•

Hablar de la muerte, es como hablar de lo infinito, de lo ilimitado o de lo eterno, hablando sin pensarlo, o pensándolo sin concebirlo, porque son palabras que quieren decir lo inconcebible y pesamientos que buscan en la oposición de lo expresable, lo inexpresable.

•

Si la existencia representa incontables existencias ancestrales, y posteriores, ¿seremos una transfusión de fuerzas encargadas de « ser », para que no se rompa el hilo de la vida? ¿O a pesar de las imposiciones a que somete el eslabonamiento, cada cual ocupa un puesto en la cadena de combinaciones y representa una fuerza aislada, indispensable y única?

•

Al final de la vida, unos quieren prolongar los sufrimientos inevitables del alma y del cuerpo, prolongando un estado de cosas en que peligra terminar primero el espíritu; mientras que, quienes despreocupados, gastan la naturaleza en trabajos y sacrificios, acaso logran que un destello de espíritu flamee para siempre sobre las cenizas del cuerpo.

•

Si difícil es concebir la disolución del propio yo aquél que muere serenamente y sin fe, ha de poseer en el instante tremendo de la prueba, el estoicismo del héroe y la conformidad del santo.

•

Es posible que, quien frente a la muerte se detuviera por vez primera a examinar una vida hueca, pecadora e infecunda, sea el más desgraciado de los hombres; ya que comprenderá sus errores, sólo para poder arrepentirse de ellos.

•

De igual manera que en la noche es más penetrante el perfume de un jardín y más claros pueden recogerse los matices de la música, cuando la gran noche de la vida se aproxima, los hechos y las palabras adquieren una significación finísima y de una hondura inesperada, como si lo desconocido, proyectándose sombrío, permitiera a los espíritus comprender un tono de cosas irrevelado.

•

Nada de lo que ha vivido o ha sido, deja de vivir o ser de alguna manera; como el árbol de cuyas semillas caídas brota un nuevo árbol; que abatido es puente o arca; que devorado por el fuego es leña; y luego, como partícula de ceniza vuelve a la tierra, o convertido en humo forma parte todavía del aire.

•

Si del alma volatilizada quedase en la tierra una sola idea interesante, ella no habría pasado inútilmente, porque una idea fecunda a otra idea, y esa alma viviría entonces en otras almas, que sin conocer el origen de sus pensamientos, se mantendrían enlazadas a ella, por la raíz de una idea.

•

Ante lo desconocido, el genio intenta despejar la incógnita planteándose nuevos problemas; la inteligencia mediana elige hipótesis y discute las posibilidades de lo planteado; mientras que el bruto y el necio, tergiversan a aquéllas y las convierten en supersticiones.

•

En oposición al deseo de descorrer los velos del más allá, existe la cobardía de no desear que llegue el momento de la revelación.

•

El amor a la vida se prueba con el temor a la muerte.

•

Leo Ferrerro decía: « La muerte, esa cosa extraña que sucede a los otros ». Pronto sin embargo, fue él también « uno de los otros » y debió experimentar « la cosa extraña » de la que no se puede hablar con conocimiento. Así, del torrente de cosas que vemos pasar, se diría que sólo quedamos nosotros, que el único futuro que persiste es el nuestro, que del

aniquilamiento total, solos nos hemos salvado, porque el golpe que nos hará caer, nos arrancará también el pensamiento y la memoria y no podremos experimentar la vida en la muerte, como no hemos podido tampoco compenetrarnos con la muerte en la vida.

•

Terrible debe ser para el hombre, haber guiado con tino y con firmeza sus palabras y sus actos, a fin de escribir con seguridad la epopeya trascendente de un destino, y, luego, en el momento de dar por terminada su misión, dejar que falle lamentablemente la conciencia o la voluntad, defraudándose a sí mismo, al torcer su línea de conducta, y dejando que sus últimas decisiones borren la impresión anterior y modifiquen en última instancia todo lo hecho y todo lo actuado.

•

La misión del hombre queda casi siempre interrumpida, pero no terminada; porque muy rara vez, la vida ha dado tiempo de hacer lo que se habría querido hacer.

•

¿Se precisará de una humanidad superior a la nuestra, para hacer visibles los fenómenos del más allá, o llegará por ventura, un día, en el que ésta, esforzándose, posea una ciencia tan superior a la de hoy, que, con mentalidades geniales, pero no divinas, descubra los misterios que ahora acicatean en vano su mente?

•

La superioridad del hombre, acaso estriba en que conoce y constata su pequeñez y su miseria.

•

Temer la muerte, es en principio temer lo desconocido; porque si nada sabemos del más allá, no sabemos tampoco que la muerte sea peor que la vida.

•

Los que imaginan que la existencia actual es una prueba a que someten los dioses y que la muerte es la liberación del sufrimiento, consideran, aún sin decirlo, que la vida es un sacrificio. Sin embargo, dentro de un acatamiento verdaderamente religioso, debiera considerarse que la vida es ya placer, aunque otro placer fuera la muerte; y que no es liberación lo que debemos esperar, sino transformación.

•

Si la humanidad ha adquirido conciencia, sólo para llegar a una fatal e irremediable disolución y está condenada a presenciar su tragedia sin poderla evitar y sin deber esperar nada, hay que convenir que no hay peor destino que el suyo, porque su privilegio consiste en que se le permite prever qué suerte le espera.

•

Si desde el nacimiento, y aun antes de llegar a él, se vienen desenvolviendo procesos de transformaciones, ¿por qué imaginar que esa evolución debe quedar terminada en la muerte, y no pensar que ésta, es una

nueva etapa de esas transformaciones y una consecuencia de los procesos anteriores, que no tienen por qué no continuarse?

•

Vivir dignamente, acaso sea el principio de morir dignamente.

•

Cuando la vida no nos permite proceder como queremos, procedemos como podemos, y entonces dependemos de las posibilidades que nos moldean, como el destino ha moldeado el barro de nuestros cuerpos.

•

Sólo está preparado para morir, aquél que tiene conciencia de la finalidad de su vida, y ha logrado realizarla de acuerdo con sus principios.

•

Pocas cosas tan lamentables como el silencio de la muerte, en el que queda para siempre perdido el conocimiento y la experiencia de cada ser que muere.

•

Sólo tendría explicación la muerte, si volviera todo al seno de la gran razón y la energía disgregada se convirtiera, aun sin la vida del alma, en fuente de nueva energía.

•

Lo mejor de los hombres, que es quizá su ética y su concepto de la justicia, son concepciones tan exclusivamente humanas, que ellas no sirven para adornar a los dioses ante los que se prosternan, porque si estos magníficos propósitos no fuesen pequeñeces de la tierra, tendríamos que sorprendernos de que el destino no ajustara los acontecimientos a las normas más estrictas de esa moral.

•

Deja el hombre de ser niño, el día que lo asalta la primera verdadera duda; deja de ser joven, el día que sufre la primera auténtica desilusión; abandona su madurez, el día en que las ilusiones florecen de nuevo y, se halla en los límites de la ancianidad, cuando deja de dudar.

•

Lo que hace más terrible la muerte, es que el hombre muera, y todo permanezca insensible; y que fuera de algunos seres, sujetos como él a la misma ley trágica, en nada repercuta su desaparición, ya que el cielo y la tierra siguen indiferentes, tal como el hombre, ante la hoja que cae.

•

Si los renunciamientos no llevan a la dicha, ¿será únicamente el malestar que se siente ante lo desconocido, lo que hace que hasta los míseros y desgraciados, busquen con avidez, la continuidad de una vida de tormentos y prefieran seguir viviendo a resolverse a morir?

•

II

La razón es la gran enemiga de la fe; por eso, para quien precisa creer, resultará irracional razonar.

•

Nada más terrible para quien cree, que verse obligado a dejar de creer.

•

Escéptico es el ser que está firmemente convencido de que no cree.

•

Es tan trágico para un soñador, verse de improviso obligado a afrontar la realidad, como para un joven habría de serlo, hallarse de pronto viejo; ya que hay transposiciones que el espíritu no sabe admitir, sino en suave declive, acostumbrándose a la idea, y como inyectándose día a día una dosis de ese pensamiento, para aceptar una situación que de primera intención sublevaría

•

Se presentan en la vida, circunstancias tan desconcertantes, que, en ellas, parecería que lo cuerdo debiera ser sentirse loco.

•

Hasta el más transparente de los espíritus, guarda un secreto que deja sin respuesta a miles y miles de preguntas, porque es como un valor de intención, que acentúa la personalidad, sin precisar el móvil central de los demás móviles; pero, cuando un hecho pone en evidencia ese raro y maravilloso complejo, que es cada uno, lo anterior adquiere sentido y cobra razón, y desde entonces, hasta el más incomprensible de los efectos, se vuelve lógico, como si se hubiera abierto una vía al alma y por ella se viera, ya para siempre, la singular raíz que alimenta el mecanismo del hombre.

•

Porque ni el conocimiento ni la reflexión, han de darnos para siempre, la seguridad de lo que necesitamos, es que con frecuencia nos apoyamos en lo incierto.

•

Rezar, es ponerse bien con la conciencia, ya que es sentirse en condiciones de ser disculpado y de disculparse, al creer en la posibilidad de que así sea.

•

Al soñar, poseemos lo que de otra manera no hubiéramos logrado; de ahí que una riqueza inagotable, y cuya posesión nadie podría discutir, posea el que construye en sí, una fantástica verdad, para resarcirse de lo que la vida le ha negado.

•

El que sueña dibuja un mapa de ilusiones finas y sutiles, dando a cada idea su sitio estratégico y a cada esperanza una forma invariable, y, bordando sobre él, la historia de un pasado o la posibilidad de un futuro.

•

Ovidio ha dicho: «En este mundo, la acción no es hermana del sueño...» Acaso, porque no marchan al unísono. Sin embargo, ¿qué acción grande y digna de ser alabada, no ha sido en su hora, nube de sueño?

•

Es soñando, como se anticipa lo que va a venir y se produce lo que no siempre viene; y es también, soñando, como se prolonga lo que ha pasado y deseamos que no deje de pasar.

•

Descender a las profundas simas del pensamiento, para aclarar y dar forma a los hontanares de la idea, es vislumbrar siempre nuevas oscuridades, a manera de dudas y sugestiones, que se hallan encadenadas para el espíritu, en estado de semi-posesión. Porque en ese descenso interior, a medida que se avanza, surgen más impenetrables abismos; ya que disipar, es para la mente, dar un paso en el inaccesible desconocido.

•

Creer es pensar que se cree.

•

Desde la primera hora hasta el último instante, domina en el hombre el deseo de experimentar; por eso empieza su labor ordenadora, antes de saber a qué pueden conducirlo sus conocimientos y la prolonga aún, cuando siendo ya demasiado tarde, sabe que no podrá recibir los beneficios de lo aprendido. Cuesta sin embargo creer que el instinto se haya equivocado, y que sea inútil y vana esa tremenda carga de secretos que el espíritu habría acumulado para entregar a la muerte. ¿Por qué no pensar mejor, que no es inútil pensar y, que la fuerza del pensamiento, conciliándose de alguna manera, perdurará, cuando la materia transformada haya terminado su función?

•

En algunos estados de espíritu, aceptamos que lo corriente, sea también para nosotros, lo lógico; porque no hemos sabido desentumecernos y pensamos como todos. Pero, en otros momentos, estamos lejos de la sociedad y del mundo, y, entonces hallamos que lo lógico, puede estar en absoluto desacuerdo con el plan general de las ideas de los demás y que hay verdades ignoradas.

•

No ama la verdad, sino el que no tiene nada que reprocharse o el que sinceramente halla excusables sus errores.

•

Una perpetua lucha, subterránea y sorda, se lleva a cabo dentro de cada uno, entablada por lo inconsciente y lo consciente, a causa de lo que se desea y de lo que se piensa que se debe desear.

•

Uno de los mayores males humanos, reside en el descontento; ya que el hombre no se conforma con lo que llama su suerte ni con la de sus semejantes, por los cuales, tampoco se cambiaría, si pudiera hacerlo. No le satisface su tiempo, aunque sabe que ni las épocas anteriores ni las futuras le harían feliz. Pasa de una a otra esperanza, de una a otra convicción, de una a otra creencia, hasta que, insatisfecho dejará de creer, pero sin que su escepticismo lo haya beneficiado interiormente. Quiere serlo todo y en cada intento, se prueba que aun logrando triunfar, no consigue sino un triunfo exterior. En su mente dorroca a los dioses, que no lo complacen, crea ídolos a los que abatirá más tarde, se prosterna ante hombres, a los que llegará algún día también a odiar; y si en sus manos estuviera hacerlo, cambiaría el destino del universo. Sin embargo, ese hombre, desdichado y miserable, no se suicida; a pesar de todo, ama a esa vida que piensa que aborrece, e íntimamente, saborea su desconformidad. Pero llega algunas veces a ser feliz, cuando comprende que la felicidad no es lo que pensaba; y que está en una relativa serenidad, en una relativa libertad, en esa etapa en la que el dolor se aminora en el trabajo tolerable, en una inquietud soportable y en el amor que da más de lo que recoge.

•

Buscar la verdad, es en determinados casos desear no encontrarla.

•

Aislarse, puede ser encadenarse mejor a la vida, sentirla más intensamente, descubrirle goces y anticipar impresiones o repasarlas, acaso debido a que, cuando nada distrae, los motivos íntimos cobran una nitidez insospechada y se vive cada instante y cada sensación honda y voluptuosamente, a conciencia, como no habrán vivido nunca, aquéllos a quienes las circunstancias arrastran, y a quienes las sociedades ahogan y no pueden conocer la hora deleitable de dialogar con el alma.

•

Es una gran ventura, estar inclinado al bien y obrar por instinto, como si se obrara siguiendo los consejos de la razón, sin tener que doblegarse, para hacer conscientemente, lo que subconscientemente se deseare, antes de saber si fuere bueno o malo.

•

Dudar, puede ser calcular mejor; pero, en cada duda, se pierde ese terreno de personalidad que nos pertenece.

•

Duda el sabio por método; el prudente, por interés; el ignorante, por incapacidad; mientras el loco, nunca duda; ya que su propia seguridad, es prueba de su error y si creyera y admitiera que pudiese no tener razón, acaso fuera porque hubiera recobrado la razón.

•

De cuando en cuando, convendría estudiarnos y juzgarnos como si no fuéramos nosotros, ya que así nos veríamos como a la distancia, y podríamos saber si estamos en verdad conformes con nosotros mismos.

•

A pesar de que aplicamos una filosofía distinta para cada hora y para cada circunstancia, nos imaginamos que siempre pensamos lo mismo.

•

El artista que encarna una figura y vive un momento de la vida de aquélla, realiza una labor compleja, puesto que hace un doble papel activo y pasivo, al sufrir y gozar, como siendo otro, y verse y oírse como siendo él.

•

Suelen ser los tímidos, bruscos en sus actos y audaces en sus pensamientos, debido a que están detenidos por una torpeza que no saben combatir o por un sentido del ridículo que los sobrecoge, haciéndolos actuar mal, hasta en los casos en que pudiesen lógicamente desenvolverse bien.

•

Un estado de alma no se repite, como una vida no es nunca repetición de otra vida; por eso, una circunstancia igual, no lo es, para quien tiene que ver de distinta manera la misma cosa.

•

Es acentuar nuestra inferioridad y hacernos más vulnerables, crear un estado de espíritu falso e imaginar que nunca nos engañamos.

•

El desánimo es la consecuencia de un período de inactividad espiritual.

•

Hay estados de alma incómodos, estados dependientes de complejos íntimos y como al margen de las situaciones, en los que se busca cambiar de posición, pero sabiendo que con ello nada se gana.

•

Hay una inercia mental por la que se estacionan los hábitos y se continúan las costumbres.

•

Por un desdoblamiento del espíritu, se puede actuar y presenciar la propia actuación, y en ese caso se siente que se siente y se piensa que se piensa, porque se es ejecutor y juez a la vez, como si se estuviera ante un espectáculo en el que se actuara.

•

Reconocemos la belleza, luego de haber conocido la fealdad; y la dicha, luego de haber probado el dolor.

•

Hay verdades lívidas, como esos amaneceres que ponen en evidencia lo que la tormenta ha destruído y las tinieblas ocultaban.

•

Buscamos el sueño, cuando tenemos necesidad de avanzar en la vida, o cuando debemos huir de ella.

•

Llega siempre el día en que ha de verse como última esperanza, la muerte.

•

En los temperamentos inquietos, las posibilidades perdidas no dejan en la memoria esa borra de amargura, que se acumula en los seres cavilosos y concentrados, debido a que, nuevos intentos y nuevas experimentaciones, restarán indefectiblemente a aquéllas, su real importancia, y también, la importancia exagerada, que en otros temperamentos alcanzarían.

•

III

No siempre cuando dos seres se encuentran, se encuentran también dos almas; por eso con frecuencia, después de haberse visto en incontables oportunidades, llega a veces el instante de verse, como por primera vez.

●

Nos quejamos de la versatilidad del mundo; con agudeza percibimos que nuestro mejor amigo es voluble y que un espíritu de inconstancia, presidiendo el destino de las cosas, al soplar sobre las pasiones, marchita los sentimientos; pero, nada de esto nos extrañaría si pudiésemos constatar cómo hemos cambiado también nosotros.

●

Porque no siempre las palabras y los actos responden al sentido íntimo de lo que pensamos ni el mismo pensamiento es interpretación fiel de lo que sentimos, al amar, podemos hacer sufrir, y, al ser amados, sufrimos.

●

Tan dolorosos como los desengaños del amor, suelen ser los desengaños de la amistad, con el aditamento de que éstos son siempre incurables.

●

No es al encontrarse, sino al separarse, cuando dos personas llegan a conocerse; acaso debido a que mientras una relación estrecha, mantiene vivos los intereses, éstos ocultan condiciones y cualidades que la casualidad dejará ver mejor a la distancia, cuando, serenamente, se recapacite sobre el temperamento y el carácter del que se ha dejado de ver, sin que ya su presencia influya para modificar los conceptos.

•

La amistad suele ser un sentimiento débil aunque verdadero, que nos desencanta, cuando, avaros de lo que damos, queremos recibir un interés usurario.

•

El amigo que nos abandona, no sólo nos permite comprobar su falsía, que nos consolaría de perderlo, porque nos haría pensar que fuera indigno de nuestro aprecio, sino que, nos hace dudar también, para desgracia nuestra, de las propias cualidades, desde que podemos entonces pensar, que no sabemos mantener las simpatías y los afectos conquistados.

•

Cuando el odio desune dos hombres, teje entre ellos un vínculo tan indisoluble como el del más grande amor y hace que, fieles a aquel sentimiento, permanezcan frente a frente, sin poder olvidarse, mientras no se elimine la causa de un rencor que no los deja llegar a la indiferencia.

•

En el amor como en la amistad, existen a modo de pre-sentimientos, estados latentes, insospechados y preparatorios, pero que no llegan a cristalizar en sentimientos verdaderos, porque no se ha pensado que existen, y porque no ama y aprecia, sino el que sabe que aprecia o ama.

•

No hay que confundir amistad con compañerismo; pues éste exige solamente la fácil comprensión de quienes marchan juntos determinada parte del camino de la existencia, teniendo idénticos intereses y preocupaciones; mientras que aquélla, puede ser una cruzada de sacrificios, en la que nada es momentáneo, y que es relación que puede persistir sin compañerismo y en la que cada uno procede con respecto al otro, como si el otro fuera él.

•

Amar a quien precisa ser amado, es tan bello como repartir su fortuna entre los necesitados. Sin embargo, fácil es hallar el que dé su bienestar material sin esperar recompensa; pero no, el que sin deseo ni esperanza de ser amado, ame desinteresadamente y por hacer bien.

•

Desgraciados se consideran los que aman sin ser correspondidos y no los que son amados sin amar; sin embargo, si la felicidad no existe para los primeros, tampoco existe para los que no aman, ya que para ser feliz, es preciso lograr el difícil equilibrio, de amar tanto como se es amado.

•

¿Es desinterés, no buscar ventajas en la amistad, si en realidad sabemos que es de esa manera, como podemos obtener un verdadero amigo?

•

El poder, hace perder la visión de la amistad; ya porque los más interesados alejan a los más amigos, ya porque al parecer todos amigos, como en un baile de máscaras, en el que todos vistieran exacto dominó, se habrán de confundir a los verdaderos con los fingidos.

•

En el íntimo fuero de cada ser, posiblemente amar sea ante todo querer que se le quiera.

•

La amistad entre los dos sexos, frecuentemente, es amor que nace o amor que muere.

•

Los enemigos suelen proceder como amigos, cuando, al querer hacernos mal, nos advierten y nos ponen en guardia contra el mal; y en oposición a esto, la lisonja del amigo que no se anima a desengañarnos, es digna de un enemigo, ya que es causa de que permanezcamos en el error.

•

Comprobamos que la amistad no es un sentimiento perdurable, cuando causas nimias bastan tantas veces, para romper vínculos estrechísimos, y cuando sin

causa alguna, vemos reemplazar al mejor amigo, por otro improvisado y como de ocasión. Y esto sucede sin duda, debido a que en la amistad influye el compañerismo, que podríamos llamar complicidad en la acción, y se destempla al romperse una costumbre; como también a que, corrientemente se desee hallar además de la unión afectiva, una adhesión a nuestra manera de pensar, y siendo ésta exigida por los dos, transforma a la amistad en un sentimiento de vidriosa fragilidad, pronto a hacerse añicos a cada momento.

●

Se puede y se debe servir a un amigo, aunque sea difícil llegar a serlo de quien hubiéramos conocido, a causa de que él precisara de nosotros o porque nosotros precisáramos de él; debido a que luego, uno u otro, quizá no pudieran separar convenientemente, la utilidad, del afecto.

●

¿Es por amor a sí mismo, por lo que el padre y la madre prefieren al hijo que más se parece a ellos y por lo que el hombre busca la amistad de aquél en quien encuentra semejanza consigo?

●

Es probable que el empeño que ponemos en tener algún amigo, sea debido a que no nos animamos a hallarnos solos ante el mundo ni solos ante nosotros mismos.

●

No se puede considerar amigo, al cómplice o al compañero de actividades o entretenimientos, desde que, en cuanto desaparezcan los motivos y las oportunidades que han acercado, cada cual se hallará frente a alguien, al que tal vez desprecia, en unos casos, o en otros, frente a quien le es indiferente.

•

Los celos molestan y quitan diafanidad al amor, sin disminuírlo; pero a la amistad, a la vez que la ensombrecen, la disminuyen.

•

Podrá prescindir de las amistades, aquél a quien los pensamientos bastan para entretenerse y acompañarse, pero no el ocioso ni el ser que, poseyendo una inteligencia insuficiente, siente en torno suyo un vacío que no puede animar.

•

Un egoísta es un amigo de sí mismo que no se traiciona por nadie.

•

Es más fácil sentir el dolor de un amigo como dolor propio, que recibir sus éxitos, como personales.

•

Catón decía que para romper las amistades, era mejor descoser que desgarrar. Apliquemos el mismo criterio al amor, ya que, a quien se ha querido, se

debe evitar el sufrimiento de sentir con rudeza, que se le ha dejado de querer, siendo preferible, cuando esto acontezca, que sea él o ella, quienes llevados por nosotros, rompan un amor que ya estuviera en nosotros extinguido, y que crean que nos han abandonado; para que no experimenten además de la desdicha de no ser queridos, el disgusto de sentirse abandonados.

•

Amar es amarse; porque nadie que ama deja de pensar en sí mismo, ni deja de buscar su placer en el amor y su felicidad en el hecho de sentirse amado; y si alguien hace a otro feliz, es siempre, estando seguro de que con ello logrará también hacer su felicidad.

•

En algunos casos es más difícil que hacerse amar, conseguir no ser amado; debido a que hay seres que despiertan mayor atracción de la que merecerían despertar, y que, indiferentes a quienes los aman, reciben el homenaje del amor o de la amistad, como presente costoso, pero incómodo.

•

Querer renunciar a las pasiones, o intentarlo y hasta lograrlo, es una prueba más acentuada que ninguna otra de la pasión dominadora que siente el que esto desea; y ha de ser por lo tanto un gran apasionado el que se castiga, imponiéndose el bozal de la razón, para que, los sentimientos ahogados por sus propias manos, pierdan su rebeldía. Con lo cual, habría entonces que pensar que la fuerza reguladora, puesta al servicio de quien aspira a mostrarse desapasionado, es todavía y siempre, pasión.

•

Una gran simpatía y hasta un afecto sincero, pueden nacer entre el protector y su protegido; pero, como amistad, será siempre un sentimiento « viciado de nulidad ».

•

Escipión se lamentaba de que cada uno pudiera decir cuántas cabras u ovejas tenía y no pudiese decir en cambio, cuántos eran sus amigos, cosa que, en efecto, es lamentable; pero nos hemos acostumbrado a que el amigo sea como el pájaro que pasa y anida hoy junto a nosotros y mañana en el alero vecino o lejos, y nos conformamos con amistades de paso, acaso de miedo a morir sin haber tenido nunca a quien haber podido llamar amigo.

•

Cuando ya no podemos hacer ningún beneficio a un amigo y éste continúa siéndonos fiel, es cuando recién sabemos hasta qué punto era y es nuestro amigo.

•

Escudado por el amor, el hombre mata por odio, ¿por qué entonces perdonar en nombre de aquél, lo que se hace por haber llegado al extremo opuesto y, cuando es, odio y no amor, lo que al amante convierte en asesino?

•

Hay austeros de la amistad, a quienes una gota de sentimiento puro basta; seres idealistas, que no exigen

el constante sacrificio de los celosos, sino una agradable comprensión y, esa pequeña prueba de afecto que los hará sentirse acompañados en la vida.

•

En la amistad, es la mente la que pone en marcha el corazón; de ahí que sea un afecto que acerque y estreche, pero sin las vendas del amor, y, en el cual, cuando alguien no quiere ver, dejará de ver, pero después de haber visto.

•

Una amistad se solidifica, conforme dos seres aúnan teóricamente sentimientos y pensamientos; pero se deshace, cuando, puestas en práctica sus afinidades, hallan uno y otro, que piensan demasiado exactamente igual, para no encontrarse que, sin preverlo, se han transformado en rivales.

•

Mueren para nosotros, el amigo o el amante que nos abandonan, aunque en realidad para el mundo sigan viviendo; mientras que no mueren, los que sin habernos abandonado, a pesar de irse, sigan viviendo en nuestro corazón.

•

Sin amor, el espíritu se marchita, como las rosas que han sido olvidadas en un vaso sin agua.

•

El amor y el odio van siempre a prisa, como trenes rápidos que no se detienen en el camino.

•

Peligra fatalmente el amor o la amistad, cuando una mujer se encuentra entre dos hombres o un hombre entre dos mujeres; pues el amigo o la amiga de una pareja, o deshace la pareja o es por ésta, abandonado y olvidado.

•

El amor es una sociedad en la que los socios no aportan jamás un capital equivalente.

•

Enamorarse de una mujer por su lozanía o su gracia juvenil, equivale a enamorarse de ella, por su vestido o por su sombrero.

•

La tolerancia que vuelve la vida fácil y agradable resulta intolerable en cuestiones de amor; pues nada es tan opuesto al espíritu mismo del amor, como el sentimiento de creerse con derecho a disculpar — ya que esto indica carencia de enamoramiento — por lo cual, para quien comprende las entre líneas del sentimiento, la ilusión quedará destruída, ante el hecho de sentirse disculpado.

•

En el matrimonio, el amor es una luz vacilante que, a cada paso parece extinguirse, pero que perdura; fuera del matrimonio, es una llamarada que deslumbra y no vacila, pero que un soplo de intransigencia apaga.

•

Un solo punto de contacto, ya sea en los sentimientos, ya en las ideas, basta para establecer una amistad sincera; porque los amigos no precisan estar de acuerdo para apreciarse, sino en aquello que, haciéndolos simpatizar, haya iniciado el camino del acercamiento.

•

En el amor verdadero, cada uno ha de considerar al otro, superior a lo que es, magnificando cualidades, para poder sentirse también halagado, con que, quien ha sido colocado tan alto, lo comprenda y lo quiera.

•

Una amistad mantenida a la distancia, es como una joya guardada en la caja fuerte de un banco; ya que, al faltar la presencia, se suprime uno de los mayores intereses y atractivos, por permanente inaplicación del sentimiento o de la cosa.

•

Todas las pasiones encierran una gran dosis de egoísmo, puesto que se piensa en los demás a través de uno.

•

Con frecuencia la persona amada llega a imaginarse que tiene derecho a exigir una felicidad que no se le ha ofrecido.

•

IV

La más segura felicidad es la que se obtiene al prepararse para ser feliz.

•

Será feliz, o por lo menos relativamente feliz, aquél que haya aprendido a saber que la felicidad puede consistir en tener lo que se tiene, sin buscarla en lo extraordinario ni en lo imposible.

•

Cuando ya no quede nada que esperar, tendremos que tejer nuevas ilusiones, que permitan seguir esperando para seguir viviendo.

•

Aumenta la infelicidad de los hombres, la facilidad con que olvidan lo bueno que les acontece, al tener que enfrentar el más ligero desagrado, y el hecho de que hayan de juzgar bajo la impresión pasajera de lo desagradable, lo que anteriormente los colmara de dicha.

•

Sólo quien conoce el dolor, sabe el bien que representa el simple hecho de no sufrir.

•

Ensanchar el círculo de la comprensión, es también agrandar el de la felicidad.

•

Renunciar al placer, es para algunos seres, crear el placer del renunciamiento.

•

El equilibrio que llega a establecerse, entre lo que se desea y lo que se puede desear, proporciona una dicha que a todos alcanza y que en todas las situaciones es posible lograr.

•

El dolor profundo es mudo; porque cuando las palabras lo expresan, existe ya, para el que sufre, el consuelo de las palabras.

•

Quien está alegre, difícilmente puede ayudar con eficacia al que está triste, pues encandilado con su alegría, no comprende ni ve el dolor que a su lado pasa negro y opaco, como sombra.

•

Hay seres para quienes existe la voluptuosidad del sacrificio, del sufrimiento y de la injusticia, porque han hallado en el sibaritismo del dolor, la manera de calmarlo.

•

Si goza quien tiene conciencia de su goce, es porque al recibir el reflejo de la realidad, es cuando se palpa su existencia.

•

Como contribución exigida por la naturaleza, existe la necesidad de hacer feliz a alguien, para poder ser también feliz.

•

Mientras se enseña a los niños a defenderse de los peligros que atentan contra su cuerpo, se olvida de prevenirlos contra los que van a destrozar su alma, y no se les dan armas para defenderse contra esa impresión de infelicidad que va a abrumarlos en el bienestar, en la opulencia y hasta en la gloria.

•

Muchos son los que por erróneos procederes y por equivocadas convicciones, parecen estar dedicados a construir su desgracia, y pocos los que sabia y conscientemente construyen los goces serenos de un bienestar inconmovible.

•

Hay sufrimientos para los cuales no existe ni se desea que haya consuelo.

•

Acaso habría que tomar cada desgracia como una lección, en la que el destino nos haría desprendernos de las cosas, para enseñarnos a morir.

•

El hombre, huye de buena gana ante la desgracia y el dolor; pero cuando éstos son ya inevitables, les presenta — como un buen general — su mejor resistencia y lucha para no perder en una huída desordenada, más aún de lo que correspondería que perdiese.

•

Ante un gran dolor, sólo existe el remedio de una gran esperanza.

•

Tratar de consolar al que llora la muerte de un ser querido, es agrandar las proporciones del drama, que, profundo y patético, empieza en el camino de la consolación, que lleva a quien se ha querido y se anhela seguir queriendo, a esa indiferencia o a ese olvido, en el que le espera la verdadera muerte.

•

Tal vez exista el placer del sacrificio, como el goce del dolor, cuando en las reconditeces del espíritu pueda el hombre sentirse glorificado por ellos; sólo que es posible que, entonces, lo que a otros parezca todavía dolor o sacrificio, ya no lo sea, y que un estado aparentemente doloroso, cubra la verdad de un íntimo regocijo, ante la perspectiva de quemar el alma como mirra, a fuerza de renunciamiento, de tristeza o de abnegación; pero en forma que los demás no perciben.

•

Los seres sensibles, tal vez debido a que se han familiarizado con el dolor, porque sufren por todos y a causa de todo, son los que mejor preparados se hallan para resistir sus propias desgracias; por lo cual, en los momentos supremos, han de sorprendernos, con su fortaleza.

•

En los momentos de dolor, cobran inusitados caracteres, hechos y palabras que, en otro instante acaso pasaran inadvertidos; como en los paisajes de tormenta, se precisan con rara claridad, relieves y detalles que la alegría, como el sol, dejan sin acusar, en el olvido borroso que permiten los estados pletóricos de luz o de dicha.

•

Si para ser feliz, precisa el individuo pensar que es feliz; ¿consistirá la peor desgracia, en saberse desgraciado?

•

La felicidad que experimenta quien ya ha sufrido un dolor desgarrante, acaso parezca a éste, en cierto modo, inmerecido privilegio, cuando acostumbrado a sufrir, le sorprenda el remanso inesperado de una paz con la que no contara, y que pudiera querer alejar subconscientemente, seguro de que debe tributar todavía a los que llorara, las últimas cenizas de un recuerdo que se evapora a pesar suyo.

•

La alegría, aun la mayor de todas, carece de esa hondura que caracteriza a la tristeza; y esto se debe, a que la alegría, vuelve el espíritu ligero e impide pensar, mientras que la tristeza, por el contrario, concentra, invitando a reflexionar, y dando así más profundidad al pensamiento.

•

Se puede fingir preocupación o tristeza; pero, en la alegría fingida, aparece fatalmente, como burlona mueca del destino, la absurda pretensión de un engaño que hace risible el dolor.

•

Es justo que los hombres busquen la alegría, como buscan el sol, para animarse con su cálido contacto, y, que cuanto menos condiciones de carácter y de fortaleza íntima posean, más y más precisen de esa alegría contagiosa, que como sol de invierno, es indispensable al débil.

•

El que está alegre comunica alegría, del mismo modo que quien está triste, comunica tristeza; sin embargo, de aquella alegría, sólo queda en el espíritu como un barniz de placer, ya que no borra los motivos que se tuvieran para no estar hasta ese instante, alegre, mientras que la tristeza penetra en el alma, pues el infortunio presenciado, deja una desazón, a modo de estela de amargura, y como un sentimiento denso, que agobia y da, hasta en un ambiente alegre, una inquietud, que diríase presagio de angustia.

•

Los espíritus hoscos, concentrados y rebeldes, que parecen vivir en guerra contra la humanidad, y siembran dolor, donde quiera que vayan, acaso son los que más profundamente han clavado en su propio ser, el puñal de la desgracia, y sufren, por esa incapacidad de amar, que los hará sentirse en perpetua guerra también con ellos mismos.

•

La alegría del joven es brillante, fecunda y cálida como la luz del sol; mientras que la alegría del viejo, como la luz de la luna, suave, sutil y melancólica, resplandece en su noche, llena de añoranzas, de misterio, discreta y silenciosa, como una alegría pálida que se deslizara entre las sombras.

•

La alegría es un estado de satisfacción de los sentidos más que del espíritu, es la felicidad inconsciente y ligera del momento que pasa; en cambio, la felicidad consciente, casi siempre es triste; ya que se basa en el conocimiento y en la posesión de una verdad, aunque agradable, intelectual, y, su expresión, no puede ser entonces de aquéllas que se traducen en bullicio, sino en recogimiento.

•

Como una compensación de la vida, el dolor engrandece al hombre, mientras que el placer, parece que se entretuviera en reducir sus proporciones.

•

La mayor parte de los que se creen desgraciados, terminan siéndolo, porque se sugestionan y se labran una desgracia imaginaria.

•

La alegría es un estado de satisfacción y adaptabilidad a los movimientos de la vida, casi de flexibilidad, que induce a no profundizar lo malo y a gozar por anticipado, somera y superficialmente de las cosas, sin analizar la razón del placer.

•

Existe una felicidad que no siempre valora el que no poseyéndola en la forma que la desea, la posee sin embargo de hecho.

•

Para un ser sensible, es una ventura, poder permanecer alguna vez indiferente ante un gran dolor, ya que al registrar todas las emociones, vive la constante tortura de sentir como propios los males ajenos.

•

Suele no ser feliz el que compara su pequeña felicidad a la probable felicidad de los otros; pero, debiera comprender que su infelicidad se debe entonces, no a las desigualdades, que no lo afectan, sino a la envidia que lo roe.

•

Sufriría la humanidad una grande desilusión, si lograra por algún medio, desenmascarar el pensamiento y pudiera hallar lo que existe de miseria o de pena,

detrás de las falsas capas del gozo, o de indiferencia bajo la aparente comprensión; porque sería terrible constatar cuantas veces, los hombres, como estatuas, no sienten lo que representan.

•

No puede considerar que nada posee, el que conserva un capital de recuerdos o se ha hecho un capital de esperanzas y de proyectos.

•

El espíritu grande y fuerte, que no se doblega ante su propio dolor, es el que con más frecuencia ha de inclinarse ante el pesar ajeno; acaso, porque no entretiene sus energías en compadecerse.

•

La felicidad está generalmente formada por pequeños goces opacos, que no siempre permiten adquirir la certeza de que se está en posesión de ella.

•

La sed insaciable de felicidad, es la que hace a los hombres desgraciados, porque los embrutece en el placer, anulándolos, como las mariposas que se queman en la luz que las fascina.

•

Porque la felicidad que palpamos, deja de parecernos felicidad, abandonamos su hermosa realidad, por el sueño, que, como sombra, huye.

•

¡Qué enorme reparto de felicidad podría hacerse, sólo con la que poseen aquellos que la pierden por su propia incomprensión!

•

Consideraríamos absurdo decir que somos el centro del universo; pero pensamos y hasta procedemos como si lo fuéramos; y por esta equivocación, a momentos risueña y a momentos trágica, nos corresponde recibir desengaños y desilusiones mayores de las que recibiríamos, si en un justo término medio nos colocáramos para pensar y para obrar de acuerdo con nuestra situación y nuestras posibilidades.

•

Si dar placer es un placer, ¿qué designio obliga al hombre a proceder como ángel nefasto, sembrando alrededor suyo desilusiones y sumiendo en negros pensamientos a aquéllos a quienes pudiera hacer hermoso el camino, llevándolos a un franco y promisor optimismo?

•

Para rescatar el espíritu al dolor que lo amuralla y lo encierra, no basta querer olvidar que se sufre; ya que es sufriendo e identificándose con la causa del sufrimiento, como el alma podrá dejar de ser la cautiva de un pensamiento obsesionante.

•

Es viviendo en el sufrimiento, como el espíritu, conquista su derecho a no sufrir, posiblemente debido a que se acostumbra al dolor.

•

Los placeres se queman como sándalo que en el aire deja un ligero y agradable perfume; mientras en el fondo del vaso, inconvertible queda la liviandad de la idea, como acerba realidad, hecha de ceniza de placer.

•

Cada cual debe hallar en sí, reposo para sus atormentadoras inquietudes, consuelo para su dolor y fe para su desesperanza, ya que los demás sólo pueden ofrecer lo que ellos poseen, que es su manera de comprender, distinta para cada hombre; por lo cual son banales todas las palabras que dicta el afecto y sólo tienen valor las que construye el razonamiento.

•

Nada es tan doloroso como comprender tarde y cuando ya de nada sirve comprender, lo que se debió haber comprendido siempre.

•

Casi siempre se sabe que se ha sido feliz, cuando ya no se es.

•

Porque no es fácil ser feliz, hay que aprender a poder no ser feliz.

•

El hombre se consuela por cobardía, por miedo a seguir sufriendo.

•

Quejarse, es agarrarse a la tabla de salvación que da el dolor; puesto que es asirse a la esperanza de un consuelo.

•

Si nada comparáramos, nada desearíamos. Y esto es evidente, puesto que basta, para estar seguros de ello, que volvamos la vista a la historia y comprobemos cómo el mundo se ha limitado a acumular necesidades, que le han servido únicamente para disminuir sus posibilidades de ser feliz de una manera simple.

•

Por feliz que sea el hombre y por más que aprecie su felicidad, instintivamente pensará que le queda aún algo por subir en la ascensión que ha imaginado, porque tendrá siempre sed de algo más; en cambio la desgracia, hace creer que se ha alcanzado la plenitud a cada instante, y de ahí que tantas veces se llegue a repetir, que se es el más desgraciado de los hombres.

•

Aunque parezca paradójico, existe el consuelo de no consolarse.

•

El que se anima a creer cosas bellas y buenas, aunque se trate de falsedades, será un hombre feliz.

•

Saber contentarse, es proporcionarse una dicha relativa; no saber contentarse, es desechar esa dicha. Pero como, abandonar la paz en busca de la dicha, es encarar la acción, es proporcionarse una promesa de dicha.

•

Cuando el dolor deja al hombre solo y de pie, luchando con la fatalidad del destino, acaso le permite contemplar dentro de aquel cuadro de dolor, su propia figura, engrandecida por la resistencia con que hace frente al sufrimiento.

V

No es discutible la existencia de varias clases de honorabilidad; unas representan el fácil y agradable placer de ser honrado, en seres a quienes nada falta y que viviendo en la opulencia están rodeados de ese espontáneo sentimiento de respeto, que se tiene para quienes dominan el mundo desde alguno de sus más altos pináculos, ya sea el de la fuerza, el de la riqueza, el prestigio o la gloria. Otros en cambio, empiezan a conocer y a aprovechar las ventajas de ser honorables, recién después de haber llegado ilícitamente a la meta que se proponían. Estos, como si luego de haber sido deshonestos, hubieran recapacitado sobre un proceder que ya no tiene razón de ser, hacen como una contramarcha y se vuelven virtuosos. Pero, una tercera clase de individuos, también honorables, hemos de hallar en los verdaderos honorables. Son éstos los que renuncian a adquirir lo que precisan, ya sean riquezas, honores o poder, porque la manera de lograrlos no está de acuerdo con una moral que sustentan, aún contra ellos mismos; y renuncian, no por conformidad, sino por rectitud, sabiendo lo que pierden y sabiendo el sacrificio que les cuesta perderlo.

●

La honestidad es en el pobre una virtud heroica; en el rico, una virtud de lujo.

●

Admite el hombre sus errores, sus defectos y sus malas cualidades; no oculta sus vicios y confiesa que por culpa suya es desgraciado, inculto e ignorante; pero, dentro de su reconocida y confesada infelicidad, no hay ser que no crea perdonables sus defectos, por alguna cualidad de excepción, que imagina poseer, y con la cual mentalmente se adorna, aun cuando no tenga ni vestigios de esa cualidad.

•

Los vanidosos llevan la etiqueta de sus méritos a la vista, como llevan los nuevos ricos, la de sus trajes costosos.

•

Nunca dejaremos de arrepentirnos de haber perdido la serenidad; porque, pasado el arrebato, comprenderemos que hemos procedido como lo hubieran deseado nuestros peores enemigos.

•

La verdadera virtud es la que se forja a martillazos en el fuego rojo de la vida.

•

Más hermosa que la piedad — que es comprensión, pero del que se sabe superior al que compadece — es la comprensión, que, sin la lástima que agrega la piedad, permite comprender sin rebajar la dignidad del comprendido.

•

Se puede ser bueno aparentemente, y sólo por falta de carácter para llevar a cabo lo malo que se piensa y se desea, como también se puede ser malo por falta de inteligencia para proceder bien. Unos y otros, son los torpes de la acción, con la que no logran exponer lo que sienten, y de ahí que, por incapacidad, sean, ya buenos, ya malos.

•

El egoísta es un mal matemático, al que fallan los cálculos, ya que, ante los otros hombres, ha de terminar por perder mucho más de lo que ha podido ganar con sus mezquinos beneficios y sus insignificantes placeres.

•

Nada más difícil que saber hasta dónde una virtud, continúa siendo lo que parece ser; porque llega un momento, en que, a fuerza de mantener lo que llamaremos su rango, es decir, de perfeccionar el sentimiento en un determinado sentido, la condición se habrá jerarquizado, y, por grados de superación, alcanzará a establecer, no ya la virtud del principio, sino una virtud mezclada de vanidad, o de orgullo de ser virtuoso, virtud pues, que ya no es virtud pero que puede ser renunciamiento aparatoso, desinterés interesado o soberbia humildad.

•

Hay una moral que enseña a no mentir cuando se puede decir la verdad; pero, debiera haber otra que enseñara a no decir la verdad, cuando ésta sirve de

arma para herir y hacer mal, y cuando más noble, más buena y más santa fuera la mentira.

•

Pecar por virtud, puede ser en ocasiones, la única solución que se presenta, a quien debe evitar con un mal, un mal más profundo.

•

¿Cómo no pensar que todo redunda en interés, si el desinterés beneficia siempre en primer término, a quien recibe la recompensa de mostrarse desinteresado?

•

Aquél que benévolo, excusa los defectos de unos y las incapacidades de otros, que disculpa el orgullo y comprende las debilidades, acaso en lo más íntimo de su alma, sin confesárselo, goza secretamente de su grandeza; se enorgullece de excusar a los otros, y su flaqueza es perdonar flaquezas. Porque bien puede ser que, entre tantas debilidades, haya de existir también la de ser magnánimo, y que ella sea la que humilde, ostente, como adorno, quien tiene la virtuosa vanidad de perdonar.

•

Hacer bien a los demás, aunque se piense que es a costa de sacrificios, no es sacrificarse, pues ¿cómo pudiera hallar desplacer el que da felicidad, cuando en realidad, de hecho, sólo ha cambiado de placer?

•

La tan vituperada vanidad, haciendo en ocasiones de acicate, hará que el hombre llegue a ser, lo que debe ser, y que sin vanidad acaso no siempre lograra.

•

Sólo en principio y teóricamente, la virtud y el vicio poseen carácter de polos extremos y absolutos; porque en la práctica admiten ser confundidos en matices.

•

Debido a que todas las condiciones y cualidades humanas son maleables, construye cada cual, la parte de bien que le es indispensable y la de mal, que considera admisible.

•

La virtud y el vicio, existen en estado latente en todos los seres; no obstante lo cual, cuando la razón es la que domina, la virtud pasa a ser de intuitiva, consciente; mientras que el vicio, por el contrario, toma cuerpo, cuando el hombre, embrutecido o desencantado, deja de poseer dominio en la que fuera su fuerza razonadora y da rienda suelta a su instinto.

•

Querer ser virtuoso es al fin una manera de ser virtuoso.

•

Toleramos en los demás, los defectos que nos desagradan menos y los que concuerdan mejor con nuestra manera de ser; en una palabra: los que tienen mayor afinidad con los nuestros.

•

Dar, es un placer casi divino, que hará que por un momento el hombre pueda creerse un dios.

•

Cuando la suerte mima a un hombre, le da con frecuencia una dosis de egoísmo o de vanidad, como para impedirle que llegue a ser verdaderamente grande.

•

El hombre bueno, al serlo con los demás, ¿no lo es también consigo mismo?

•

Ni aumenta la virtud el hecho de ser alabada, ni al vicio hará mayor esa censura que, poniéndolo en evidencia, quiere mostrarlo más repudiable, para luego combatirlo. El bien y el mal existen en las mismas proporciones, mientras se les desconocen, que cuando se les conocen; pero sus consecuencias son las que pueden variar y sobre todo, variar para los otros.

•

Mísero es aquél que puede engañar sin engañarse, que a los demás puede mostrarse perfecto, que es admirado y acaso envidiado, y, que mientras recibe los homenajes del mundo, sin poder disculparse, se desprecia, porque se sabe despreciable y en su interior, es el juez que ha de condenarse a sí mismo.

•

Quién todo atribuye al destino para eximirse de culpas; ¿no se encontrará también desposeído de

las virtudes que tal vez supone suyas y aminorado en sus acciones, ya que lógicamente debiera pensar, que su voluntad tampoco ha intervenido en los casos en que ha obrado bien?

•

No es sabio el que siempre procede de igual manera; sino aquél que, consciente del espíritu de cada momento, sabe, cuándo es bueno ser bueno y cuándo es también bueno ser malo.

•

En la vida frívola, no existen comúnmente verdaderos ataques a la virtud; pero es perniciosa, porque desafecta al deber, cosa que en realidad prepara para no ser virtuoso, aunque no sea haber dejado de serlo.

•

No es pobre, sino aquél que no puede satisfacer sus deseos, y esto puede suceder no sólo a quien nada tiene, sino también, y entonces de manera irremediable, a quien abunda en comodidades y ha amontonado oro.

•

Toda virtud, ha de ser cualidad conscientemente adquirida y adquirida a costa de sacrificios, porque una buena cualidad natural, que no exija esfuerzos, es una ventaja agradable, fácil y cómoda, para que quien la posea, pueda considerarse capacitado para ostentar el título de virtuoso; pues, ¿qué mérito exis-

tiría en ser intuitivamente virtuoso, si la virtud, fuera como la belleza un simple don del destino? Nadie sería entonces digno o indigno, por ser o no ser virtuoso. Pero, el mérito existe, y se acrecienta, cuando el espíritu se inclina ante un concepto que la razón acepta, a pesar de las rebeldías de la naturaleza y cobra fuerza por lo que al hombre exige y por lo que el hombre logra sobre sí mismo.

•

Si el hombre no puede elegir su naturaleza, no es culpable sino en parte, de defectos y de vicios que podrá combatir infructuosamente, cuando más fuerte que su voluntad, aquéllos lo arrastraren contra lo que él deseare.

•

La sobriedad es una riqueza que permite siempre tener más de lo que se tiene.

•

Reconocer un mal, es el principio de poder remediarlo.

•

La resignación es evidentemente una virtud; pero que anula con frecuencia una posible y necesaria acción y lleva a un estado de conformidad acaso perfecto, pero deplorable.

•

El pudor, como las colas de los cometas, es un rastro luminoso que prolonga la inocencia, cuando ésta ha desaparecido.

•

No ha de considerarse prudente, a quien no emite ideas arriesgadas sólo porque sabe que haría peligrar su propio sosiego; en cambio, lo es, quien se cuida de dar pasos que puedan dañar a los otros, ya que no es ni un mojigato ni un cobarde, quien puede parecerlo por exceso de virtud.

•

No es paradójico decir que el miedo vuelve a la humanidad valiente, ya que no siempre se afrontarían los peligros a los que comúnmente se exponen los hombres, sin el temor de peligros mayores.

•

La decisión y el coraje con que se encaran ciertas situaciones, pueden no ser impaciencia por entrar en acción, sino imposibilidad de mantenerse en la incertidumbre de tener que entrar, y que hace proceder como al suicida, que se anticipa a la muerte, por terror de tener que seguir esperándola.

•

Un valor existe para el dolor físico, distinto al valor para el sufrimiento moral, y distintos los dos, al valor ante el peligro.

•

Cuando el heroísmo es desconocimiento del peligro, habría que llamarlo desatino; cuando es ambición de gloria, habría que llamarlo vanidad; pero, cuando es abnegación, entonces es verdadero heroísmo.

•

Como en un laberinto, el que teme se enreda en sus propios pensamientos, y no logra ver sino lo que no quiere ver; por lo cual, cuando se cree perdido, lo está realmente, por el hecho de creerse perdido.

•

Quien siendo poderoso, no supiera ser clemente, no sería digno de ser poderoso.

•

La piedad puede ser una justicia que va más allá de los límites donde se detiene la justicia.

•

Perdonar tiene siempre su belleza, pero demasiado fácil, ya que a menudo se habrá de sentir el error de haber disculpado, debido a que existe un perdón que halaga a quien lo otorga y perjudica a quien se le concede.

•

A medida que pasa la vida, las pasiones van cobrando un suave tinte atornasolado de virtud; tal como los crepúsculos, en los que la luz se vuelve también poética y tenue, por falta de ardor y de energía, pero también debido a que en los ocasos todo se dulcifica, como si la sabia experiencia borrara los contrastes, para quitar la dureza de las ideas y de las cosas.

•

Como vanidad de vanidades, existe una refinadísima y sutil vanidad que a los ojos de todos se presenta con las características de la modestia.

•

La modestia que más seduce, bien pudiera ser que fuera la de quienes tienen la divina profesión de ser modestos.

•

No es la clemencia una virtud que debe engrandecer desproporcionadamente a quien puede hacer uso de ella, ya que se presta para ocultar, bajo una apariencia magnánima y piadosa, a quien las circunstancias han permitido parecer grande, quizá, sin serlo en el fondo.

•

Hay un honor de militar, un honor de marino, de médico, de comerciante, de hombre casado y de hombre soltero, y hasta hay un honor de jugador, todos de acuerdo con las civilizaciones y las épocas. Esto quiere decir que hay una posición desde cuyo punto de vista, el honor se comprende de esta o aquella manera, de acuerdo con virtudes específicas, y lo curioso es que, también, con determinados vicios.

•

Hay ambiciones malsanas que ayudan a subir; pero lo hacen como esas columnas de humo negro, que al elevarse empañan el cielo.

•

Los que nunca se apasionan ni se entusiasman, siguen como un ritmo de vida lento, debido a que su espíritu no es fustigado por ningún interés ni ningún deseo.

•

Es posible que una gran parte de la presunción de los hombres, se deba al hecho de que es preciso juzgar a los demás por lo que han realizado, mientras que cada cual se juzga teniendo en cuenta los antecedentes desconocidos de lo que piensa y cree poder hacer.

•

Más difícil que ser bueno, suele ser demostrarlo; porque la bondad inactiva y que no exige esfuerzos, es una virtud fácil, mientras que llevada a la acción, precisa a veces de la valentía, a veces de la abnegación y a veces también de la severidad, de la franqueza, de la constancia, de la dura disciplina o de dolorosos renunciamientos.

•

Si en el acto de valor existe un móvil de interés, ya sea de poder o de gloria, el valor, en la forma que se lleve a cabo, no es en realidad sino ambición.

•

Tantas veces como hay que admirar la acción del intrépido, habría que admirar el heroísmo del que refrena el impulso de una acción carente de nobleza, pero no de brillo.

•

Los acontecimientos excepcionales dan a los hombres destinos excepcionales; pero porque en ellos existe ya como la semilla de ese destino. Así, la guerra descubre héroes en quienes acaso tuviéramos por

faltos de valor; la maternidad halla mujeres abnegadas; la ciencia, seres estoicos. ¿No deberíamos entonces pensar que la humanidad es muy superior a lo que imaginamos, ya que cuando la oportunidad se presenta, desde la banal obscuridad, han de surgir hombres y mujeres grandes, como para ser tenidos por arquetipos de una raza magnífica?

•

VI

Frecuentemente llaman los hombres azar, a la fuerza que construye lo que ellos no han podido o no se han animado a construir.

•

En oposición a esa blanda mayoría de seres a quienes los acontecimientos arrastran, habrá siempre un número reducido, pero fuerte, de los que aprovechan los acontecimientos; y algunos, aunque éstos sean los menos, que crean los motivos a los que luego parece obedecer su conducta.

•

Conviene pensar que somos responsables, no sólo de lo que disponemos o apoyamos, sino también de aquello que nuestra irresolución o nuestra indiferencia, al tolerar, hubiere permitido, para que no se apacigüe el espíritu al margen de la acción, ni se busque en la calma exterior, la paz interna.

•

No animándonos a confesar que no hemos actuado como íntimamente sabemos que debíamos haberlo hecho, atribuimos a impotencia humana, errores, desaciertos y equivocaciones, en las que nada ha tenido que ver el destino y que hemos favorecido con nuestra negligencia.

•

No se necesita de una gran obra, para que el hombre sea considerado y respetado; pero sí, de la obra que cada uno está obligado a hacer, de acuerdo con sus capacidades y con las circunstancias que se le ofrecen.

•

La inocencia es a veces tan peligrosa, que resulta criminal mantenerla en nombre de un rigorismo de principios perjudiciales, para el que se deja que camine como ciego, al borde de un precipicio que los demás conocen y que el que debiera conocer, ignora; y sólo porque la moral sería entonces intérprete de convencionalismos erróneos, que dan más importancia a la inocencia como ignorancia, que a la inocencia como pureza de espíritu.

•

No hay interés en que el hombre se conozca y conozca sus defectos, si no tiene además la energía y el valor de corregirse.

•

Más moral que estar de acuerdo con los cánones fijos de una moral corriente y aprobada, es poseer su propia moral, que será proceder sin discrepar consigo mismo y sosteniendo valerosamente sus íntimos principios; porque esta es moral consciente, que afirma la razón y eleva una convicción verdadera, mientras que la otra es la fácil moral del que tal vez carece de moral.

•

No encontraríamos tan pequeña nuestra parte de bienes ni tan grande la de males, si resolviéramos referir cada acontecimiento, a la sensación que corresponde, según el bien o el mal que al cuerpo o al espíritu hicieren. Pero, si al pequeño mal, lo aumentamos, considerándolo enorme, y a éste lo vemos como irreparable, y pasamos a la categoría de males, los bienes que no nos satisfacen por entero, la desproporción se aumenta y con ello no salimos favorecidos.

•

La debilidad de carácter corresponde la mayoría de las veces a una inseguridad intelectual.

•

El verdadero error, consiste casi siempre, en obstinarse en él, más que en haber errado.

•

Existe una derrota más vergonzosa que cualquiera otra derrota, para quien no se anima a intentar la acción, por temor a ser vencido; ya que, al intentarla, aun si nada lograra, el que esto hiciera, habría conseguido el íntimo y singular placer de reconocerse con aptitudes para obtener la victoria.

•

Desde que tener un ideal es implícitamente desear alcanzarlo, es teniendo ideales, como se habrá logrado hacer la mitad del camino del triunfo.

•

Conoce mejor la serenidad de espíritu, quien trabaja y, activamente cumple sus deberes, que quien busca la paz quisquillosa y amargada del ocioso.

•

Para quien no existe el bien por el bien, hay que crear el bien, por temor al mal. Porque, ese, comenzará por ser bueno a la fuerza, pero acaso luego se acostumbrará a proceder como bueno, llegando a serlo, una vez que hubiera conocido la satisfacción de reconocerse mejor.

•

La conciencia, que obliga a actuar como si se tuviera que vivir miles de años esta misma vida y como si en la muerte hubiera de continuarse el mismo sentido moral humano de la tierra, quiere que el bien no sea estéril, si así pudiera llamarse al bien que, aunque fecundo, limitan la vida y la memoria, y crea, con ojos que no ven, espíritus de dioses, que conforman sus ideales humanos, prolongando su justicia con leyes que su pensamiento concibe como divinas.

•

Equivale a no pensar, callar lo que se piensa, sin sugerir nada ni presionar en ningún sentido ni planear cosa alguna; del mismo modo que equivale a no tener talento, no manifestarlo ni utilizarlo para nada.

•

La inteligencia aumenta los deberes de los hombres, porque les exige que agreguen a sus deberes corrientes de hombres, el de poner sus ideas y sus ideales, en contacto con el mundo.

•

Intentar lo imposible, acaso sea llegar a lo difícil.

•

Para evitar que la falta de voluntad anule los frutos de la inteligencia, bueno es pensar en la tragedia que vive quien, por fallas de carácter, no habrá de poder revelarse, debiendo llevar a la tumba el secreto de su verdadero yo, que, ha arrastrado inerte y en vano durante toda su existencia.

•

Amplias y justas satisfacciones experimentará quien sepa ser su propio maestro y construya las condiciones que le faltan, o por lo menos, consolide las que existían casi insospechadas en el fondo de su personalidad.

•

Si cuando perdemos algo, recién ese algo adquiere para nosotros su verdadero valor, conviene adelantarse a comprender lo que se posee, para no vivir siempre perdiendo.

•

Un cambio de curso, puede no ser el fracaso de una teoría, sino la manera de afirmarla; ya que también es preciso saber desviarse, para seguir el buen camino, por otro rumbo, cuando ésta sea la mejor solución.

•

Alabar a quien ha procedido con rectitud u honradez, equivale a confesar que sorprende que haya quien sea recto u honrado; por lo tanto, más lógico sería que silenciándose lo bueno, porque estaría sobreentendido que se debe ser así, sólo se acusaran las cualidades repudiables, ya que con ello se censuraría a quienes estarían al margen de lo natural.

•

Cada ser desenvuelve sus posibilidades dentro de una pequeña esfera de acción; de ahí que quien consiga hacer grandes cosas, se haga acreedor a la admiración de los demás y quien haga cosas útiles, aunque no sea admirado, deba ser tomado como ejemplo.

•

No siempre las circunstancias presentan al hombre oportunidades para hacer cosas extraordinarias; a pesar de lo cual, el hombre extraordinario, habrá de hacerlas, sin esa ayuda que la suerte facilita a otros.

•

No es digno de juzgar a nadie, aquél que no puede ser juez de sí mismo.

•

Sintetizar la justicia en normas definidas, es precisamente, crear la injusticia.

●

Existe un acuerdo mayor del que imaginamos, entre la suerte que a cada uno toca y la que cada uno se hace acreedor a recibir.

●

Cree el hombre poseer un poder ilimitado, cuando a latigazos domina a las bestias y doblega a sus semejantes; pero, ha de comprobar lo absurdo de su pretensión, cuando comprueba el aniquilamiento de ese poderío recibiendo brutales latigazos del destino.

●

La idea que sobre las cosas y los acontecimientos nos hagamos, influirá para que éstos y aquéllas sean peores o mejores; de ahí que el bien y el mal, varíen en cada uno, por las capacidades de absorber o rechazar, no siendo así iguales para todos, ni los mismos placeres ni las mismas desgracias.

●

Vivir por un ideal, aunque fuera éste, el más puro y magnífico de los ideales, sería solución de locos; pero, vivir sin él, es solución de necios.

●

Los hombres puros no desconfían de nadie ni de nada; el que sospecha, es siempre el que sabe lo que aquéllos ignoran.

●

Poseer un norte en la vida, es seguir una magnética esperanza, para no detenerse en las primeras vallas de la acción; así, quien no lo poseyera, sucumbirá, si no descubre la finalidad, aun provisoria, con la cual haya de cobrarse ánimos, en espera de algo mejor.

VII

No es la diferencia de gustos, de educación, de cultura, o de edades, lo que separa a los hombres; pero sí, su manera de comprender.

●

Cada uno suele hacer tan buen recaudo con sus buenas acciones, que, con frecuencia los intereses de ellas, sobrepasan en mucho, a los pequeños sacrificios exigidos por su ejecución.

●

Una gran parte de la intolerancia que existe entre los hombres, se debe a que cada cual juzga a los demás, como si los demás estuvieran obligados a tener sus condiciones y sus defectos.

●

Estudiar a los hombres, será siempre querer encontrarse, puesto que se han de hallar ante todo las semejanzas; pero esos mismos puntos de contacto, que será lo más encomiable que en los demás hallaremos, se presentarán siempre con un barniz de cosa lejana y susceptible de ser juzgados con una severidad que nunca ponemos para juzgarnos.

●

La sociedad no quiere que triunfen los rebeldes, pero excusa y perdona la rebelión de los que triunfan, por lo cual se venga, despreciando únicamente a aquéllos cuyos gestos han sido audaces, como para ser sindicados, e inútiles como para no poder ser aprovechados.

•

Eternos serían los agradecimientos, si se llegara a comprender que es recordando los bienes recibidos, como se agranda el placer que aquéllos nos dieron; del mismo modo que, olvidar los males, es suprimir del recuerdo, con las ingratitudes, la amargura y las desilusiones que injustamente nos ha deparado la suerte.

•

Todo individuo que se encierra hermético en una idea, en un estudio o en un problema, aparece ante los hombres como un ser tímido o ingenuo, o acaso como ambas cosas a la vez; porque su abstracción lo presenta torpe y, su torpeza, deja invisible su espíritu y pone de manifiesto lo que menos vale en él, que son los actos que lo relacionan con el mundo.

•

El que nos hace mal, se hace también mal con su proceder, y por lo tanto, es él mismo quien nos venga.

•

Querer perdonar a quien injustamente se ha supuesto culpable, es aumentar la injusticia que se ha cometido, con la gracia que se ofrece; ya que ésta dejaría

probada una culpa que no ha existido y cuyo objeto puede ser servir para levantar a quien quiere mostrarse magnánimo, sin preocuparse de que su acto rebaje a quien el perdón ofende.

•

Para que el talento no resulte una superioridad molesta a quienes en tan alto grado no la posean, quien tuviera talento, deberá tener el talento de hacerse perdonar por tenerlo.

•

Nadie puede hacernos más mal, que quien, siendo amigo nuestro, procede mal; de ahí que, cuando no podamos llevarlo al buen camino, debamos apartarlo del nuestro.

•

La sociedad, crea por necesidad de comunicación, como una profesión de tolerancia, gracias a la cual todos están obligados a disculpar y a su vez son disculpados.

•

Cuando alguien trata de ser sincero con un amigo se da cuenta de que no puede ser enteramente sincero, porque no dice sino la mitad de lo que piensa ni se anima a pensar sino la mitad de lo que siente.

•

Nos parece que comprendemos a quienes conocemos; sin embargo no es comprender, conocer, desde que con frecuencia, conocer muy bien a alguien, puede ser comprenderlo menos.

•

No siempre los consejos halagüeños que se dan, son sabios, ni siempre han de parecer bien intencionados; pero en cambio, nadie dejará de aprovechar las ilusiones, aun las más vanas, porque darán ánimos, y esa confianza que ha de precisar quien marcha por un camino inseguro, precisamente para no sentir el vértigo del abismo.

•

Nos indigna ver hacer lo que por distintas circunstancias no deseamos hacer nosotros o no nos conviene que hagan los demás.

•

Aquel que aparentando ser honesto, tolera y disculpa la deshonestidad de un amigo, o es un falso honesto o es un falso amigo.

•

Como un aislador, el talento separa a los hombres, ya sea por la envidia, o por rivalidades, o incomprensión, o respeto.

•

Es frecuente que el hombre quiera imponer a los demás sus creencias y sus convicciones, sin pensar que, en ese sentido, sólo es admisible retar a un duelo de ideas, a un contricante que, en oposición a lo que deseáramos, pudiera ser quien nos llevara a su campo y nos conquistara a su credo.

•

Siempre encontraremos en la incomprensión de los demás, el más grave escollo para nuestros sentimientos.

•

La amabilidad, es la más agradable de las farsas.

•

Hay matices de la conversación que no se expresan con palabras, pero que quedan perfectamente aclarados sin ellas, ya que es sin hablar como se dicen las cosas más serias, más graves y más interesantes.

•

Cuando descubrimos la debilidad de un ser, nos creemos superiores a él, y, sin sospecharlo, establecemos entonces una debilidad nuestra que, acaso no habíamos advertido.

•

Si uno de los más positivos placeres, reside en hacer bien a alguien; dejemos que otros también, nos hagan bien, para que sientan y saboreen a su vez esa dicha de repartir favores y esperanzas.

•

Entre los muchos tipos de egoístas que existen, uno de los más comunes, es el del individuo que hace la exhibición de sus pequeñas o supuestas contrariedades, a fin de no tener que compadecer ni ayudar a quien necesita de él.

•

Torpe o bruto ha de ser el que cree poder excusarse con deberes nimios, ante obligaciones ineludibles y sagradas.

•

Se constata la debilidad humana, cuando se observa, como cada cual comprende sólo a quien lo comprende, como ama al que lo ama, y odia al que lo odia; y si no siempre admira también al que lo admira, acaso sea debido a que con frecuencia teme distraer en otros, una admiración que con avidez guarda cada hombre para sí.

•

Difícilmente hallaremos quién haga por nosotros, lo que íntimamente nos sentimos dispuestos a hacer por los demás; porque hay actos pensados, que sobrepasan a las más bellas y nobles acciones, pero a los cuales hace falta la energía necesaria para cumplirlos.

•

Quienes se prestan a repetir lo que no creen como tan a menudo acontece, sólo para mostrarse enterados de las murmuraciones del mundo, proceden como tontos, ya que sin intención e ignorándolo, se convierten en los instrumentos de quienes los aprovechan para sembrar calumnias y ejercer las más bajas venganzas.

•

Es doloroso comprobar que hemos sido engañados; pero, porque es doloroso tener que reconocer que no sabemos prever ni defendernos, y que nuestra buena fe ha sido incapacidad o impericia.

•

Más compatriotas que los que nacen en un mismo suelo, son aquellos que tienen las mismas tendencias e iguales ideales, como más parientes que los que constituyen la familia, son los amigos, a quienes el afecto hace de vínculo espiritual, más vivo que cualquier vínculo de sangre.

•

Suelen existir entre los hombres, distancias que no comprende sino el que es por éstas favorecido; pero, posiblemente, no es por mala voluntad que el inferior no comprende, sino por imposibilidad de saber medir la superioridad intelectual o moral que él no alcanza.

•

Al contacto que se establece entre nuestro gusto y el de los demás, es a lo que llamamos buen gusto, como llamamos buen sentido, a un acuerdo de nuestras ideas con las corrientes, pues en ambos casos para reafirmarnos creamos un término que hace aceptar como incontrovertible lo que queremos que sea.

•

La ambición, ayuda a los hombres a encontrarse, cuando una aspiración común va a favorecer por igual o proporcionadamente a todos; en caso contrario, separa, y convierte en enemigos a los amigos de ayer.

•

La más delicada atención que se puede hacer a una persona, es oirle decir, como por primera vez, lo que ya sabemos, y que debemos escuchar con la sorpresa y el entusiasmo que provoca lo inédito.

•

Para agradar hay que afectar sinceridad en lo que se dice, e interés en lo que se oye, aunque no se haya sido sincero ni se está interesado; por eso, agradar, es con frecuencia sentirse íntimamente desagradado.

•

Una crítica injusta, a modo de corona de espinas produce dolor, pero contra lo previsto, también corona.

•

Las confidencias, son las indiscreciones que el ser comete consigo; ¿por qué ha de imaginar entonces que los demás van a ser tan discretos y consecuentes, como para callar lo que él no ha sabido callar?

•

Hay ofensas que sin quererlo obran a modo de pequeños homenajes, pero que no se han encuadrado en las costumbres sociales.

•

Los hombres emplean la fuerza y las mujeres la debilidad, cuando saben que en otra forma están vencidos.

•

En la coquetería suele existir un vivo deseo de agradar y un vago deseo de molestar.

•

El hombre será más condescendiente y más tolerante, el día que comprenda que es procediendo bien con los demás, como va a ganar en su propio concepto, y, procediendo mal, como quedara insatisfecho.

•

La ambición hace de nudo en las relaciones de los grupos y de los hombres; aunque al ser una relación de interés, ese nudo se desata cuando llega el momento de desembarazarse de alguien que obstaculiza la acción de los otros, con escrúpulos molestos o exigencias inaceptables.

•

Un ambicioso, aunque parezca ser el amigo de todos, es sólo el amigo de sí mismo.

•

La sola presencia de quien nos comprende, basta casi siempre para apaciguar un dolor, aun cuando la causa del mal persista.

•

Dentro de la familia, hay que llegar a la comprensión por el amor; fuera de ella, se puede llegar al amor por la comprensión.

•

Sin transigencia no se podría vivir con los hombres; pero no es posible dejar de pensar a costa de qué sacrificios solemos entendernos con ellos; ya que la transigencia suena siempre interiormente como una derrota, o por lo menos, como una capitulación.

•

VIII

Los que nada esperan son los que practican con más devoción la religión del recuerdo.

•

La historia, cinceladora de nombres, debiera recoger solamente los que, dignificados por actos grandes o episodios aleccionadores, sirvan de aula viva de ejemplos.

•

Injusto sería que una justicia momentánea definiera el carácter o el sentido de las cosas duraderas, por lo cual lo pasajero no debe hacer mella en lo eterno.

•

Los muertos son los que dan vida al pasado.

•

Más poderosa que las argumentaciones, suele ser la influencia invisible de lo que presiona por los lazos íntimos del recuerdo o de la herencia, que no refuta ideas, pero que se mantiene con la firmeza de un monumento que, indestructible, desafiara al pensamiento y a la razón.

•

El pasado dejaría de existir, si el presente no le diera existencia, haciendo que sea lo que fue.

•

No es juzgar al hombre con ecuanimidad, estudiarlo fuera de su tiempo, porque no se puede prescindir de la importancia de ese circunstancial absurdo que modifica además de los hechos, el concepto de los valores.

•

Puesto que recordar es animar las cosas, sólo debiera recordarse aquello que mereciera los honores de volver a suceder.

•

Querer olvidar suele ser atarse más fuertemente a un recuerdo.

•

Como si nos hubiéramos olvidado de olvidar, por milagro de la memoria, surge a veces nítido y como reimprimido, algún hecho pequeño y banal, pronto a formar un cuento aparte, nuevo y claro, en la historia de los días perdidos.

•

En su afán de seguir viviendo, se empeña el hombre por dejar ideas u obras dignas de perpetuar su nombre; pero olvida la tragedia que tantas veces espera a los que se han hecho acreedores a la inmortalidad, cuando el tiempo mantiene la idea o la obra como legado anónino, dejando que el nombre se borre con los vaivenes de los sucesos.

•

La memoria hará revivir un pasado atemperado: con sus dolores casi dulces y sus alegrías empapadas de nostalgia. Porque como en un tapiz desteñido, en el que los colores han dejado de tener su verdadero color, las sensaciones han cambiado de tono y parecen confundirse.

•

Es la historia la leyenda de las cosas posibles; pues la realidad, difícil siempre de lograrse, no está asegurada sino por la probalidad de que los sucesos – por no ser inverosímiles — haya sido, como son relatados.

•

IX

En política, rara vez una tendencia nueva o un nuevo partido, indican un nuevo ideal; pero casi siempre, la formación de éstas o éstos, responde a un nuevo odio.

•

Entre los más eminentes hombres de estado, muchos hay que no se venderían por una fortuna... pero que se venden estúpida e incondicionalmente a la adulonería o al halago.

•

Las ideas políticas, como combinaciones químicas, precisan ser sabiamente dosificadas; porque están compuestas por elementos que, en cierta proporción son benéficos y en otras pueden volverse nocivos.

•

La sinceridad, es a menudo en política peligrosa, pues el prestigio que precisa conservarse incólume, disminuye al confesarse los yerros; ya que las masas creen seguir a hombres superiores, eximidos de todo error, y los adversarios, que lo saben, especulan con motivos que luego exhiben, no como cualidades de probidad, sino como causas que se aprovechan arteramente para inducir a la desconfianza.

•

Sólo debiera ser tenida en cuenta la crítica de quienes oponen a la acción de los que gobiernan, un plan de acción mejor ajustado y que demuestre que se busca, no un cambio de hombres, sino un cambio de estado de cosas.

•

Es corriente que quien se sabe vulnerable, se anticipe a atacar sin razón a adversarios que se hacen temidos, por invulnerables; por eso, conviene que, como algunas veces sucede, el que caiga, pulverice como la estatua de la leyenda a quien lo ha derrocado para elevarse.

•

En toda democracia, ha de existir por lo menos alguna aristocracia, sea ya ésta la que corresponde a quienes debieran representarla por su talento o grandes condiciones morales, o sea la que han de representar los que se han colocado a la cabeza de la acción.

•

Un político no precisa motivos para combatir, sino pretextos que reemplazan suficientemente a aquéllos.

•

Hay hombres que, como si fueran el "Alpenstock" que sirve para la ascención, son útiles en ciertos momentos políticos y molestos en otros; ya que, como se ha visto con harta frecuencia, no son los votantes de las elecciones, los amigos que suelen tener en cuenta los que gobiernan.

•

La política, es un espectáculo en el que se hace variar los actores, reemplazándose de continuo unos por otros, pero para que representen lo mismo; y en el que, cuando la comedia se transforma en tragedia, es siempre también, en vieja tragedia, rejuvenecida por las circunstancias.

•

Los pueblos, y como ellos también los hombres, aceptan la injusticia y el dolor, si se les promete justicia y felicidad; de ahí que las religiones que ofrecen promesas a largos plazos y en forma que nadie pueda decirse defraudado, conservan sus adeptos, siempre prontos al sacrificio, mientras que los políticos, que deben prometer a plazos cortos, cuando no cumplen — lo que en realidad ocurre a menudo — pierden a sus partidarios, que buscan en un nuevo cambio de hombres, la nunca obtenida realización de ese imposible, con que cada uno cuenta.

•

Cuando los pueblos se creen libres, es cuando más facilmente son dominados por los que los gobiernan; de ahí que los hombres de estado se afanen por establecer la privilegiada situación de libertad que gozan aquéllos que se entregarán a sus voluntades.

•

Como en política es difícil hablar justo y obrar bien, algunos prefieren no hacer nada y callar, para no ser censurados ni desmentidos, con lo cual logran ser reconocidos por la elocuencia de sus silencios imparciales, a la vez que consiguen no ser nunca acusados, porque no fallan los que nada hacen.

•

Contrariamente a lo que sucede en las demás actividades, en política valen más los honores recibidos que los méritos que han provocado esos honores, porque es la posición que se ocupa, y no los valimentos de quien la ha ocupado, lo que ha de tenerse en cuenta en el haber de cada cual.

•

En las guerras modernas, el verdadero criminal es el genio que, en su laboratorio inventa fórmulas para matar y con las que mata, sin correr el peligro de ser muerto.

•

X

Cada uno escribe una novela con su propia actuación; espontánea página en la que confiesa sus inclinaciones y exhibe sus debilidades; pero, novela que tal vez no siempre viviera, si tuviese que imprimir y poner al pie de ella su firma.

•

Crear un sistema o aceptarlo, es crear o aceptar ante todo un límite.

•

Existe la incertidumbre de los grandes, hecha de conocimiento, de inquietud y profundidad; y en oposición a ésta, la duda de los simples, creada por la ignorancia.

•

Todo dogma, por moral que sea, encierra una parte de inmoralidad; la inmoralidad de someterse incondicionalmente a ideas que, aunque se comprendan, no se pueden admitir con la sinceridad con que pudieran sustentarse, si tuviéramos la libertad de exponer salvedades y anotar discrepancias.

•

Enseñar, debe ser despertar la razón.

•

No es por lo que se aprende, sino por lo que se comprende, por lo que se puede ser mejor.

•

La cultura acorta la distancia que la inteligencia establece entre los hombres, puesto que el conocimiento común, aproxima los polos de sus puntos de vista.

•

Porque cada cual precisa fijar su posición, dependiente de sí, educar no debe ser sino ayudar a despejar incógnitas.

•

Según los caracteres, se facilita el desarrollo de la vocación, en unos, eliminando obstáculos, en otros, creándolos.

•

Sólo el que sabe, está obligado a seguir sabiendo; porque es al saber cuando se contrae con la conciencia la obligación de saber más.

•

Porque toda obediencia implica una claudicación, conviene antes de imponerla, estudiar hasta dónde, la necesaria obediencia no hará sobrepasar el bien que se espera, con el mal que se hace.

•

Cada educando tiene que ser tratado como un ser aparte, para que, como una obra de arte primorosamente cincelada, cada personalidad mantenga sus cualidades, sin ser vaciada en ese molde común, por el que sólo se obtienen cientos de individuos iguales.

•

La cultura propone al hombre como un proceso precaucional de esclavitud, antes de permitirle romper con sus normas, y hace así de andamiaje del espíritu, para sostenerlo en los años en que se gesta la emancipación.

•

Cada ser lleva como bagaje de la infancia, muchos prejuicios de los que no conseguirá deshacerse nunca; y lo más grave, es que éstos han de ser lastre, ya que a veces suele tratarse de enseñanzas que inculcadas en oposición al temperamento, por lo cual no tendrán aplicación en la vida, pues no podrán ser llevadas a la práctica.

•

Es sabio aconsejar a la juventud a proceder sin ayuda de nadie en los continuos y pequeños problemas de cada día, a fin de que sirva de ejercicio a la voluntad, para los casos en que hay que proceder así, aunque sea difícil hacerlo. Por eso conviene mostrar a los niños y a los jóvenes que, no es igual caminar con un báculo, a caminar sin él.

•

Para que cada cual se baste a sí, bueno es recordar que todos los que nos rodean, parientes y amigos, pueden alejarse o morir, mientras que sólo cada yo, tendrá que vivir sin irse ni alejarse, vaya donde vaya y esté donde esté.

•

La inteligencia, como el fuego, sirve tanto para encender la luz, como para provocar el incendio fatal y destructor.

•

Adaptarse, es una de las más duras tareas de la vida, y de las que precisan de mayor perseverancia y de más férrea voluntad.

•

Es absurdo querer que los hijos piensen y obren siempre de acuerdo con los padres, porque esto acaso equivaldría a sacrificar su armonía interna en aras de una armonía externa, haciéndolos estar de continuo en desacuerdo con ellos mismos.

•

Lo que mejor se aprende, es lo que cada cual cree haber encontrado solo; por eso es necesario únicamente encauzar, a fin de que cada uno encuentre solo su camino.

•

Es frecuente que, la persuasión, obre más directamente en razón a la simpatía que a la lógica; ya que

aquella predispone al convencimiento, aprovechando una buena voluntad que ayuda a vencer a espíritus mal preparados para comprender y en quienes los mejores argumentos pudieran resultar ineficaces.

•

Es importante que cada uno, construya en su mente, un modelo perfecto de personalidad, en el que decantadas, depuradas y sublimadas, se resuman sus tesis sobre el ideal humano; porque es probable que, luego, sin tener de ello plena conciencia, pero para no defraudarse ni sentirse empequeñecido ante sí, se habrá de terminar por copiar a ese ser imaginario que se ha construído como arquetipo y que tiene sus condiciones, y obtendrá los éxitos, que él hasta entonces no hubiera obtenido.

•

Conviene pensar que las palabras y los actos no se borran; pues de este modo, sólo se dirán y se harán cosas que no importa que se recuerden siempre.

•

XI

Libre sería quien pudiera sustraerse a todas las influencias, a todos los convencionalismos, a todas las preocupaciones, a todos los recuerdos, a todos los intereses y a todas las leyes; siempre que, desaprendiendo lo aprendido, pudiera volar a su antojo, sostenido por sus propias ideas, fueran éstas acertadas o absurdas, y siempre que, sin importarle de nada ni de nadie, ni de homenajes ni de críticas, viviera como un solitario, lejos de una sociedad que para él no existiría.

•

Mientras una imposición del cuerpo o del espíritu, obligue al hombre a doblegarse, la libertad será una ilusión.

•

Esclavo de sí, cuando no esclavo de los otros, cada uno se arrastra oprimido por afectos, necesidades o intereses; pero, como sueña con ser libre, con el pensamiento trata de resacirse, cargando su imaginación de ilusiones, de ideales, de esperanzas, que a veces le sirven para ser libre durante una parte de su trayecto, y, a veces para atarse a sus sueños y sucumbir bajo su peso.

•

Afanarse por desterrar lo convencional, es entregarse al convencionalismo de lo anticonvencional; por lo tanto, no es liberarse, sino cambiar de preocupación.

•

La libertad, podría no ser un mito, si la humanidad careciera de cuerpo, y acaso también de espíritu, y fuera únicamente, toda alas.

•

¡Se llama libre, a quien no siéndolo, dispone de su albedrío para elegir sus deberes; es decir, a quien elige su esclavitud.

•

Piensa el hombre que nada se opone en su camino, cuando se siente oprimido por una cadena de placer, o cuando habiéndola roto, queda de ella, sólo una cadena de recuerdos, o cuando una cadena invisible, y como de agua, lo ata a sus ilusiones de futuro; pero ¿no sabe que ese instante, del que se cree disponer, lo une siempre a lo que fué o a lo que quiere ser?

•

Dominar las pasiones, no es libertarse de ellas, sino de sus efectos; porque no es desterrarlas del espíritu, esclavizarlas a las ideas.

•

Los apóstoles fanáticos de la libertad, proceden con sus adeptos, en oposición práctica a la esencia de lo que ellos mismos defienden.

•

Es condición del hombre querer ser libre; sin embargo la libertad absoluta, es una sujeción fría, y más dolorosa posiblemente que ningún otro estado, ya que ataría a una libertad sin amor, sin amistad, sin nada de lo que hace dulce la vida; sin las pasiones que la hacen grande, sin los ideales que la vuelven noble.

•

No es honrado proclamar la libertad, como principio de un credo político, porque se sabe que de hecho no puede presentarse posibilidad de cumplir con un ideal que, puesto en práctica, anarquizaría al partido que lo sostuviera y destruiría los demás intereses que sustentara.

•

XII

Estudiar el arte a través de una rígida escuela, equivale a mirar el cielo a través de los barrotes de un jaula.

•

La emoción, al pasar su borla de sensibilidad sobre una idea, la diviniza. De ahí que para el artista, haya paisajes ideales dentro de los paisajes comunes y sienta lo sublime aún en lo vulgar, porque todo vibra para él, como transparentando recuerdos o esperanzas.

•

Podríamos decir que es arte, esa belleza que transporta a los planos de la inteligencia, por los de la sensibilidad.

•

Quien logra revelar la belleza interior en la exterior, será el que hará llegar a aquélla por ésta.

•

Una estatua, como una sinfonía, pueden despertar ideas distintas a las que han dado motivo a la creación de una o de otra, debido a que el alma de las cosas posee una esencia múltiple, la que permite guardar secretos y revelar otros que allí anidan ignorados, sin que se sepa por gracia de qué circunstancia surgen ni por designio de qué dios están.

•

En arte, ha de existir como un estado de iluminación en el que crea y un estado de iluminación en el que comprende.

•

Sólo es obra maestra, aquélla que logre fijar un concepto estético, de manera tan integral, que satisfaga a todos los tiempos.

•

Difícilmente podrá llegar a ser artista, quien vea las cosas siempre como son y no como debieran o pudieran ser.

•

Es artista el que logra traducir la emoción y sintetizarla en una obra.

•

En cada realización, fija el creador, un punto de vista permanente, a través de un punto de vista momentáneo.

•

Ninguna manifestación estética puede perdurar, mientras no se haya conseguido recorrrer con la savia emotiva original, el arco de sueño que une la idea a la representación de la idea.

•

Cuando en la vida o en la naturaleza, queremos encontrar belleza, tratamos de establecer su contacto con

la ficción; pero, èn el arte, nos parece importante—en oposición a aquello—que las cosas tengan una realidad y una vida, que las anime y les dé realce.

•

Detenerse ante el cuadro o la estatua que todos miran indiferentes y de paso, puede ser más piadoso que detenerse a socorrer un mendigo y hasta tan heroico como desafiar un peligro; porque es aceptar pasar ante el mundo por ignorante, cuando tal vez sólo se fuera comprensivo.

•

A menudo hablan de arte, los que nada conocen; porque debido a que ignoran lo que otros saben y creyendo que al engañarse, engañan, imaginan que así pueden hacerse reputación de conocedores.

•

No es artista, quien no percibe ese polvo de ensueño que nada por encima de las concepciones, y que ya es ritmo de líneas, música de tonos o poesía de notas; pero, en todos los casos, inclasificable realidad a la que queda supeditado lo comprendido.

•

Un aficionado, es el individuo que, debiendo haber sido artista, no ha podido serlo y pudiendo ser crítico, tampoco lo es, porque ha fracasado en ambas oportunidades con anterioridad a la prueba máxima.

•

Hay obras que exigen la revelación de la realidad, mientras que otras triunfan, cuando logran revelar lo invisible.

•

De la estética pura y de la estética viva, nace el arte; la primera es la que resume el concepto universal y frío de la belleza, y, la segunda, acaso impura, agrega sin embargo a aquélla, el calor de lo sentido, porque es la parte subjetiva del arte y está unida por filamentos sutiles al alma del que la expresa y al alma del que la comprende.

•

Un creador, nunca debe tener demasiado en cuenta la palabra «actualidad» ; pués ésta, nada significa para quien no ha de encerrar su obra en un solo tiempo.

•

Una escuela literaria o estética, abre los horizontes universales y limita los individuales; porque despierta la inteligencia a la vez que la encasilla, y, revela la personalidad, pero tal vez para anularla.

•

No deja de ser curioso que vayamos al teatro, dispuestos a contemplar muchos de los espectáculos que más rehuimos en la vida diaria; y que el deleite de la ficción sea tan grande, que nos prestemos a llorar desgracias sacadas de ejemplos que nos han dejado indiferentes, o a las que hemos echado un velo, para no conmovernos; y, sólo, a causa de que, no siendo sucesos verdaderos, nos parecen dignos de serlo.

•

Las obras empiezan prestigiando el nombre; más tarde, es el nombre el que prestigia las obras.

•

Cambia el sentido de la belleza, como cambian los ideales, debido a que hombres distintos, conciben de otra manera la misma cosa.

•

Un creador trabaja como un creyente reza, para confortar su fe y serenar su espíritu.

•

Cada artista posee, para manejo suyo, una irradiación de personalidad. Aquél a quien su irradiación resulta suficiente, puede sin necesidad de apoyo alguno marchar libre por las sendas que él mismo se trace; pero, en algunos, esta fuerza es superior a la necesaria, y en otros por el contrario, será insuficiente. Por lo cual, unos esparcen alrededor suyo, como un sobrante de personalidad, con la que sin proponérselo, aprisionan a quienes, incapaces de manejarse solos, han de buscar la irradiación de los fuertes, para expresar efectos de una inteligencia o de una sensibilidad, aunque apreciables, poco potentes. Y de este desequilibrio de irradiaciones, nacen y tienen razón de ser las escuelas.

•

Artista verdadero, es aquél que desgarra su intimidad para mostrar su alma desnuda, venciendo ese pudor que a los hombres incita a decir que son, como les parece que debieran ser.

•

Las manifestaciones artísticas, están todas, como trabadas entre sí por un vínculo común, acaso influencia de una impalpable armonía, que a todas acerca por una honda hermandad de musicalidad, de poesía, de religiosidad, de idealismo, de ensueño y de anhelo de superación y dè infinito.

•

Para el que crea, el mayor goce consiste en construir, y no en haber construido, porque goza con lo que va siendo, en lo que va a ser; de ahí que el suyo sea un placer activo y nunca placer que animan los recuerdos, ni los triunfos pasados.

•

Una realización, es siempre idea, antes que obra; pero, hay realizaciones que, no perdiendo contacto con el pensamiento, por su carácter sugestivo, al ser obras, siguen siendo ideas, hechas música o piedra, color o bronce.

•

No todo lo frágil carece de ese espíritu de eternidad, que hace que el instante breve, se repita y perdure, como ideal legado a los tiempos.

•

Cada obra realizada viene a ser como un pétalo vivo de la corola del pensamiento.

•

Obras de Josefina Lerena Acevedo de Blixen

MIS CUARTOS DE HORA (Inédita)		(1931)
A MEDIA VOZ	(Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública)	(1934)
ENTRE LINEAS	(Premiada por el Ministerio de Instrucción Pública)	(1938)
CRISTALIZACIONES		(1940)

En Preparación:

PERFILES DE BRONCE — REYLES —

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA DORNALECHE,
EN MONTEVIDEO, EL XXVI
DEL MES DE DICIEMBRE
DE MCMXL.

